



Rara vez un país tan chico como Chile ha tenido un poeta tan inconmensurablemente grande como Neruda, construido, sin embargo, de su misma materia, e iniciado, de alguna manera, hecho a su medida. El 13 de julio, de haber vivido, hubiera celebrado sus 75 años y uno se imagina una fiesta de cumpleaños como sólo él sabía darla: con globos y sombreros de papel, regalos, sorpresas, prestidigitadores y serpentinas como las fiestas de esos niños privilegiados que él no fue, pero que, consciente de que toda celebración es para inventarse, más tarde se los prodiga brillantes y alegremente, regales con los vinos pequeños de Chile, o con los nobles vinos franceses que era experto en catar.

Pienso que este Baco de las celebraciones, a quien conocí joven y maduro y risueño, había sido el lugar de su nativo Temazo puesto a Santiago, un muchacho fino y suavecito, siempre vestido de negro, porque iba escudado por el dolor del mundo, distraído de sí mismo con el chambeo y la caga de los poetas, tal como lo ha monumentalizado la fotografía de Sauter.

Su relación tan extraordinariamente amable con el mundo de lo humildemente cotidiano lo hizo explorador y descubridor en ese ambiente, el Livingston de las gredas de Quinchamal y de Pemuire, el Scott de los chaquitos, el Sique de cilindros y el pelón, y una vez desahogado y engarzado en su poesía, estos objetos que para nosotros eran: ignorados hasta que él los señalara, se transformaron en los malos que nos fueron definidos. En mi juventud, como casi todos los escritores chilenos de mi generación, en vivo borracho de Neruda. Hoy sé que cierta juventud había de ser, igualmente ayo con otros antes de la poesía chilena. Vicente Huidobro, Gabriela Mistral, a quienes la inmensa repulsa de Neruda le quitó a la sombra: pero la verdad es que ninguno de éstos nos hizo mal, ninguno nos impidió a reconocer en el modesto mundo que nos rodeaba, equivalencias con lo que otros países del continente tenían y nosotros nos: rasgos y ruinas, obispos y virreyes. Después que Neruda cesó de la pelona de greda de Pemuire se terminaron

Los 75 Años de Pablo Neruda

Por José Donoso

301246
nuestros complejos de inferioridad, y los nombres de nuestros pájaros y árboles —lirca, palanca— y de nuestros arcos —Puerto Saavedra, Lago Budi— antes ignorados, se insinuaron en nuestra imaginación como presencias fúreas.

Yo, lector apremiado que adolescente de Neruda —mucho antes de conocerlo personalmente— le seguí la pista a través de sus versos hasta Temazo, hasta Puerto Saavedra, hasta el Lago Budi, hasta los límites de piedra negra desmenuzados de la costa que se elevan heroicamente de los mares, hasta los prósperos bosques de paltales, hasta los mercados de vendedoras indias, hasta el río Imperial con la reteración de sus marfiles de madera es que se detiene el pequeño reglato de campesinos con niños y gallinas desde esos muelles el joven Neruda había contemplado los atardeceres reflejados en su primer libro. Y en ese largo verano solitario de tres meses que pasó en Puerto Saavedra, población de 300 habitantes en la desembocadura del río Imperial, recorriendo todos y a caballo toda la zona, viviendo en una casa de pescadores situada en un banco de arena en el estuario, escribió los cuentos para el primer libro que no publicó, protegido por el aca de Neruda, que ya había sacralizado esos lugares.

Porque Neruda ha sido, entre muchas otras cosas, un descubridor de sí mismo, un inventor de cosas, un niño enamorado de juguetes, un inaugurador de mitologías. Con su voz gangosa y pausada —hay un punto leer sus versos sin otra repetición junto a mí sólo— protegió

ciaba los modestos, misteriosos rostros chilenos de sí mismo que conocíamos y que no conocíamos, pero que protegidos por él eran distintos y a uno le urgía ir, de nuevo, a China, donde había ido mil veces, o a Pemuire, para comprender en qué los había transformado para nuestra imaginación la palabra y la dicción nerudiana. No le gustaba hablar de literatura —esta realidad rehusa a la gente que lo llevaba a ese campo—, pero sí de objetos, de antigüedades o casualidades compradas en el Mercado de las Pulgas, en el Bazar, en Puntillón, en Pura Pura, sitios de los cuales era adicto. Y sus cosas —sus increíbles cosas nerudianas— estabas de colecciones y objetos que se oía “desmenuzados” en los mercados del mundo para rodarse de ellas, como un niño pobre lega por los rodadores de juguetes—, aunque de gusto por lo menos discutibles, eran como una aventura en lo acrobático de todo lo que lo rodeaba: las colecciones de botellas azules en forma de mano, de pie, de manivela, de fasciación, los libros raros, los manuscritos de prosa, las conchas.

En todo caso, resulta imposible no seguirle los pasos a Neruda: en cómo él no titubeó frente dejando hacer, sacando objetos para recogerlos, después que un paso sacralizado y era necesario seguir. Cuando se vino de albanes para escribir la segunda antología de Coromoros —unos tres años después de Puerto Saavedra— mi impulso inmediato fue buscar un sitio nerudiano. Ya conocía a Neruda, pero no era amigo suyo: en realidad no sabía el afecto, pero nunca podré decir que fui su íntimo. Sin embargo, el exterior mismo de Neruda no era nunca completamente exterior, ni el interior todo interior: al to-

mar algo de Neruda uno siempre tomaba algo de los dos. Me dirigi, entonces, a la Isla Negra, que no es ni isla ni negra, sino un pequeño balneario en la costa de Santiago, acorralado por el. Allí busqué una casa, no en el pueblo sino en el campo cerrado, una casa de pescadores otra vez, y en un cuarto lleno de sacos de patatas, con una puerta-ventana que se abría a un corredor circulado de pilos mariscos y mirando al mar que rompía en las negras rocas, de Moja, en esa misma terraza mi primera novela, *Coromoros*. La comedia de los pescadores era pobre: Neruda me mandaba a llamar para que, con frecuencia, compartiera su mesa; los pescadores no tenían baño: me facilitaba el agua para que me fuera a duchar cuantas veces quisiera; me sabía voluntariamente aislado, pero me invitaba los domingos en la mañana, cuando su casa congregaba a visitantes de Santiago y del extranjero que llamaban al salón. Eran reuniones íntimas, alegres, pobladas de mujeres gaipas, de hombres que pensaban en la política, de políticos habidos de paque y plantaciones o viajes. Nada le gustaba tanto a Neruda como hablar de sus amigos o de otros tiempos, de Acario Corrales —un niño chino que, por lo menos para mí, carece de todo interés cuando está limitado por la antorcha de la imaginación de Neruda, que lo transfigura—, de los individualistas amigos de España, de Federico, sobre todo, y de otros, algunos chilenos que si los chilenos que llamaban la habitación salían quisiera eran, como el comunista Juan Enrí, por ejemplo. En medio de una de esas reuniones, con el lavio y la agitación pacífica ante las rocas de abajo y a veces reflejando la vertical de agua salina y la sala llena de vino y de risa, Neruda se sentó a un extremo de la mesa del comedor y con su estilográfica escribió con tinta verde en un papel, toda una oda, que no me leí. Simplemente, se la guardó para corregirla más tarde. Espero que, en esos quince minutos de ocio que lo visitaron en mi presencia haya escrito *La oda a la cebolla*, que es mi preferida entre las *Odas Elementales*, entre un vaso de vino pipeto y un plato de aríen con cebolla y cilantro (1974).

Donoso, José. 1979. 12-VIII-1949. P. 62.

Los 75 años de Pablo Neruda [artículo] José Donoso.

Libros y documentos

AUTORÍA

Donoso, José, 1924-1996

FECHA DE PUBLICACIÓN

1979

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Los 75 años de Pablo Neruda [artículo] José Donoso.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile